y que sólo en una hora no vamos á dejar ni señales!...

!Vaya¡ respondió Gervasia, ¡àlguien lo ha de hacer!.. No, no se ensucie V. las manos. Ya está todo arreglado, sólo falta la sopa.

Las señoras fueron colocando sus chales y sombreros sobre la cama y se recogieron los vestidos para no mancharlos, sujetàndolos con alfileres. Boche que habia mandado á su mujer á guardar la portería hasta la hora de la comida, empujaba à Clemencia hácia un rincon preguntándole si tenia cosquillas, y ella se reia nerviosa y excitada, porque la sola idea de las cosquillas la hacia estremecerse. Las otras mugeres para no molestar á las cocineras, habian pasado tambien á la tienda y sostenian una conversacion apropiada al caso. Virginia dijo que se habia preparado para el convite con dos dias de ayuno, y la sùcia de Clemencia añadió por su parte que habia tomado por la mañana un purgante para hacer sitio, á semejanza de los ingleses. Boche dió tambien una receta para hacer la digestion al minuto, la cual consistia en apretarse con una puerta despues de cada plato; esto segun él decia, se practicaba tambien entre los ingleses, y permitia estar comiendo doce horas seguidas sin cansar el estómago. La cortesía requiere, que cuando convidan á uno á comer, coma de veras, añadia. ¡Oh! la patrona podia estar tranquila, pues ni aun habian de tener necesidad de fregar los platos al dia siguiente. Las señoras acabaron por echarla de polluelas, empujándose mútuamente, corrriendo de una habitacion á otra, resolviéndolo todo y mezclando sus risotadas al ruido que hacia mamá Coupeau, partiendo jamon con una especie de hachuela.

Justamente en el momento en que el alboroto llegaba á su tèrmino, se presentó Gouget. Traia un magnífico rosal blanco, cuyo tallo subia hasta su rostro, mezclando sus flores con la rubia barba, y no se atrevia á entrar, un tanto intimidado. Gervasia corrió hàcia èl, hecha una amapola su cara, à causa del fuego de las hornillas, pero el pobre joven no sabia como desembarazarse del rosal; cuando ella lo cogió, anduvo tartamudeando sin atreverse á besarla. Ella misma tuvo que enpinarse y ponerle la mejilla en los lábios, pero estaba tan turbado, que la besò en un ojo, con tal fuerza, que estuvo en poco que la dejara ciega.

—¡Oh! Sr. Gouget ¡qué hermoso es! dijo colocando el rosal junto á las otras flores.

—No, no por cierto.....repetia el jóven sin acertar à decir mas.

Cuando se hubo repuesto un tanto, le dijo que su madre no podia venir por estar enferma. Gervasia lo sintió en el alma, y habló de apartar un pedazo de capon pues tenia empeño en que lo probase la buena señora. Ya no faltaba nadie á quien esperar. Coupeau y Poisson no debian tardar, pues habian prometido estar allí á las seis en punto. Entonces como la sopa estaba casi hecha, Gervasia llamó à la señora Lerat, y le dijo que le parecia aquel el momento á propósito para llamar à los Lorilleux. Esta que habia manejado la negociacion del arreglo entre ambos matrimonios, recobró su aire de gravedad, y poniéndose su chal y su sombrero, subiò dándose cierta importancia. Los convidados, cesando de pronto en su alboroto, esperaron con seriedad el desenlace.

BIBLIOTECA "RODRIGO DE LLANO"
SECCION DE ESTUDIOS HISTORICOS DE LA
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

La primera que apareció fué la Sra. Lerat. Con una mano mantuvo abierta de par en par la puerta, en tanto que la Sra. Lorilleux, con su vestido de seda, se detenia en el dintel. Todos se levantaron y Gervasia se adelantó, besó á su cuñada conforme al ritual establecido de antemano, y le dijo:

—¡Vamos! entre vd. Todo ha concluido. ¿no es verdad?..... Desde hoy seremos las mejores amigas.

—Así lo deseo de todas veras, respondió la Sra. Lorilleux. Cuando hubo entrado, su marido fué objeto de igual ceremonia; ninguno de los dos traia flores, porque creian que hubiera sido rebajarse. Gervasia hizo que Agustina echase vino y todos brindaron por la paz y armonía de la familia.

—Antes de la sopa, no hay nada como esto, dijo Boche chasquando la lengua. Es mucho mejor que un puntapié en el trasero.

Mamá Coupeau se habia colocado frente á la puerta para ver la cara que ponian los Lorilleux. Tiró de la falda á Gervasia y la condujo á la habitacion inmediata. Ambas hablaron vivamente en voz baja inclinàndose sobre la sopa.

—¿Eh? ¿qué tal? !vaya un apabullo! dijo la vieja. Si hubieras podido observarlos como yo.... Vaya un gesto que puso ella cuando vió la mesa! El por su parte empezó à tocer como si se ahogase. ¡Mirálos ahora como se muerden los labios y tragan saliva!

—Me causa pena gentes tan envidiosas, murmuró Gervasia.

Lo cierto es que los Lorilleux estaban pasando un mal rato. A pesar de las consideraciones que les impo-

SECCION DE ESTUDIOS HISTORICOS DE LA UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

nian la concurrencia casi no podian contenerse. Aquello los humillaba. Tenia atravesada en la garganta la mesa con sus catorce cubiertos, su blanco mantel y demas atavios. Parecia el taller un restaurant de los boulevares. La Sra. Lorilleux dió la vuelta á la mesa, bajando la vista para no ver las flores y disimuladamente tentò el mantel, atormentada por la idea de que habia de ser nuevo.

—¡Ya estamos! gritó Gervasia reapareciendo sonriente, con los brazos desnudos.

Los convidados tenian hambre y bostezaban ligeramente sin decir palabra.

—Si llegase mi marido, añadió Gervasia, podriamos empezar.

—¡Sí! dijo la Sra. Lorilleux: de ese modo se enfriaria la sopa..... Coupeau nunca llega á tiempo; era preciso no haberle dejado salir.

Eran ya las seis y media. Gervasia temiendo que se pasara la hora de la comida pensó enviar á alguien á las tabernas de los alrededores para ver si encontraban á Coupeau. Gouget se ofreció á ello y ella quiso acompañarle juntamente con Virginia, que estaba inquieta por su marido. Cada una se cogió al brazo de Gouget, de modo que entre los tres ocupaban toda la acera. La costurera con su vestido de floreada muselina y la planchadora con una bata blanca con lunares azules, los brazos desnudos y una corbatita de seda gris al cuello, formaban contraste con el herrero vestido todo de negro. Todo el mundo se fijaba en ellos al verlos pasar tan compuestos en un dia de trabajo y tan frescos y risueños. Pero ellos no pensaban en divertirse.

Llegaban á la puerta de todas las tabernas y alargaban la cabeza para ver si estaba dentro Coupeau. ¿Habria ido tal vez este animal al Arco del triunfo? Ya habian recorrido inútilmente la *Petite Civette*, célebre por sus ciruelas, la taberna de la tia Baquet, que vendia vino de Orleans à ocho sueldos, la del *Papillon*, punto de reunion de los cocheros y gente de buen gusto, cuando al pasar por delante de la de Francisco, Gervasia exhaló un ligero grito.

—¿Qué ocurre? preguntó Gouget.

La planchadora no reia. Estaba tan pálida y conmovida que no podia tenerse. Virginia lo comprendió todo viendo á Lantier que comia tranquilamente en la citada taberna. Ambas mugeres arrastraron tras si á Gouget.

—Me he torcido un pié, dijo Gervasia, cuando se repuso.

Al fin encontraron à Coupeau y Poisson en el *Assomoir* del tio Colombe. Estaban de pié en medio de un grupo de hombres. Coupeau gritaba y gesticulaba furiosamente, y Poisson, que no estaba aquel dia de servicio, le escuchaba inmovil y taciturno atusàndose los bigotes. Gouget dejó á las mugeres en la acera y fué á tocar en el hombro al plomero. Cuando èste vió á Gervasia y Virginia, se incomodò. ¿Què se les habia perdido allí á aquellas mugerzuelas? Le estaban estorbando y podian irse y disfrutar solas su comistrajo, pues él no se habia de mover de allí. A fin de apacigüarle, Gouget tuvo que aceptar un convite. Al fin cuando salió Coupeau dijo á su muger:

—¡Cuidado con que vuelvas á buscarme!.... Yo estoy donde me da la gana!..... ¿Lo oyes?.....

Ella no respondia. Estaba temblando. Debia haber hablado de Lantier con Virginia, porque ésta empujó á su marido y à Gouget diciéndoles que echasen delante. Despues se colocaron á los lados del plomero para distraerle é impedirle que viese nada. Este estaba como quien dice á medios pelos y como ellas intentasen tomar la acera de la izquierda, él las atropelló y echó por la derecha. Las dos corrieron aterradas para la puerta de Francisco, pero Coupeau debia saber que estaba allí Lantier, Gervasia quedó estupefacta oyéndole decir con voz gruñona:

—¡Ya sé que hay ahí un antiguo conocido!..... Soy yo acaso algun babieca?..... ¡Cómo yo te coja en algun gatuperio!....

Despues añadió mil palabrotas, diciendo por fin, que no era à él à quien habia salido á buscar en aquella facha, sino á su antiguo querido. De prontó experimentó una ràbia loca contra Lantier, y empezó à dirigirle insultos diciendo que uno de los dos tenia que morir. Este parecia no oir y seguia comiendo tranquilamente. La gente se iba agolpando allí. Virginia consiguió al fin llevarse à Coupeau que se serenò súbitamente al doblar la esquina. A pesar de esto entraron en la tienda ménos alegres que habian salido.

Los convidados esperaban con cara de hambre al rededor de la mesa. El plomero repartió apretones de manos, cantoneàndose delante de las señoras. Gervasia un tanto preocupada, hablaba en voz baja y se ocupa-

ba en ir colocando á todo el mundo. De pronto notó que iba á quedar un sitio vacio por no haber venido la Sra. Gouget.

—¡Estamos trece! dijo conmovida, viendo en aque-incidente una nueva prueba de la fatalidad que desde hacia algun tiempo la perseguia.

Las señoras, ya sentadas, se levantaron con aire inquieto y malhumorado. La Sra. Putois ofreció retirarse porque segun ella, no se debian tomar á broma aquellas cosas; en cuanto á Boche, se burlaba diciendo que estando trece en vez de catorce, las partes serian mayores.

—¡Esperen vds! dijo Gervasia, todo se va à arreglar.

Y saliendo á la puerta llamó al tio Bru que en aquel momento atravesaba la calle. El viejo entrò encorvado y silencioso como siempre.

—Sièntese vd. ahí buen amigo, dijo la planchadora ¿Quiere vd. comer con nosotros?

El hizo con la cabeza un signo de asentimiento. Todo le era indiferente.

—¡Tanto da que sea èl, como cualquier otro! añadió Gervasia bajando la voz. El pobre está casi siempre muerto de hambre. Al mènos se regalarà una vez y podremos engullir sin remordimiento.

Gouget tenia los ojos humedos à causa de la emocion. Los demas se compadecieron aplaudiendo la determinacion del ama de la casa. Sin embargo, la Sra. Lorilleux no parecia muy satisfecha con la vecindad del viejo; desviábase cuanto podia y miraba con repugnancia sus manos encallecidas y su blusa desteñida y ha-

rapienta. El pobre viejo permanecia con la cabeza baja, sin atreverse à tocar à la servilleta que estaba doblada sobre su plato. Por último, se decidió à desdoblarla y la colocó en el borde de la mesa.

Gervasia sirvió la sopa y ya habian empezado á servirse algunos, cuando Virginia notó que Coupeau habia desaparecido nuevamente. Tal vez habria vuelto á la taberna. Todos se incomodaron, y por esta vez nadie pensó en correr á buscarlo. Si no tenia hambre podia estarse en la calle. Pero algunos segundos despues y cuando apenas quedaban algunas cucharadas de sopa en la sopera, apareció el perdido con dos tiestos, uno de girasoles y otro de balsamina. Todo el mundo prorrumpiò en aplausos. El con la mayor galantería colocó los dos tiestos á ambos lados del vaso de Gervasia, despues inclinándose le dió un beso.

—¡Te habia olvidado, cordera mia!..... pero eso no quita para que yo te muestre mi cariño, sobre todo, en un dia como èste.

—Está desconocido esta noche el Sr. Coupeau, dijo Clemencia al oido de Boche. Pocas veces lo he visto tan amable.

La galantería del anfitrion restableció en la mesa el buen humor, comprometido por algunos momentos: Gervasia habia recobrado la tranquilidad y alegría. Los convidados terminaron la sopa, y empezó á circular el vino para que no se les quedase atascada en el gaznate. En la habitacion inmediata se oia disputar à los niños. Estaban en ella Estéban, Nana, Paulina y el pequeño Víctor Fauconnier. Agustina que quedaba al cuidado de las hornillas, comia sobre sus rodillas.

¡Mamá! ¡mamà! gritò bruscamente Nana. ¡Agustina està metiendo su pan en el asado. Gervasia acudió y sorprendió á la vizca poco ménos que ahogándose, para tragar mas pronto una torrija de pan mojado en la ardiente grasa del capon. Todavia la bribonzuela se atrevió á negarlo, por lo cual le dió unos pescozones.

Cuando despues del cocido apareció la ternera en salsa servida en una ensaladera, porque no habia en la casa una fuente suficientemente grande, circulò una sonrisa alegre entre los comensales.

Esto se va poniendo sério, dijo Poisson que rara vez despegaba sus labios.

Eran las siete y media y habian cerrado la puerta de la tienda para que no fisgoneasen los vecinos del barrio; especialmente el relojero de enfrente tenia los ojos abiertos como tazas y parecia que les queria quitar los bocados á todo trance con la vista. Las cortinas puestas delante del aparador dejaban penetrar como cernida, una luz blanca y sin intermitencias, que bañaba la mesa con sus cubiertos, sus flores y demas adornos, aquella especie de lento crepùsculo daba á la reunion cierto aire distinguido. Cuando pasaba una carreta por la calle, los vasos y las botellas saltaban sobre la mesa y las señoras se veian obligadas á alzar la voz tanto como los hombres. Pero se hablaba y todo el mundo se contenia dentro de las reglas de la cortesía y urbanidad. Solo Coupeau tenia blusa, porque segun decia, con los amigos no hay cumplidos, y porque la blusa es el traje de gala del obrero.

Pero en cambio si no se hablaba, se comia de lo lindo. ¡Vaya una embestida que habia sufrido la ternera!

La fuente, en cuyo centro habia clavada una cuchara se mantenia gracias á la consistencia gelatinosa de la salsa, viajaba continuamente al rededor de la mesa. Entre bocado y bocado se oia el chocar de los vasos contra la mesa. La salsa, como hemos dicho, estaba espesa, y un tanto salada, así es que habia que recurrir á cada momento al vino para ayudarla á pasar y para apagar el incendio que producia en el estómago. Sin dar ningun respiro presentóse en la mesa humeante el lomo de cerdo rodeado de doradas patatas. Fué objeto de una ovacion general. Todos fijando en la fuente una mirada oblícua, se dispusieron al asalto, limpiando el cuchillo con un poco de pan. Cuando todo el mundo se hubo servido empezaron á hablar con la boca llena. ¡Qué lomo! ¡si aquello era una manteca á causa de su blandura y suavidad!

¡Se le sentia bajar dulcemente desde el gaznate á los talones! Aunque aquello no estaba salado, pero las patatas exigian un rieguecillo de vino á cada minuto. Entre la ternera y el lomo se consumieron ocho litros (1). Los platos quedaron como patenas y no hubo que mudarlos para comer los guisantes; este era un plato que no traia consecuencia y con dos litros quedó despachado.

—¡Mamá! ¡mamá! gritó nuevamente Nana. ¡Agustina mete las manos en mi plato.

—¡No me incomodes mas! ¡Dàle un bofeton, dijo Gervasia que estaba aforrándose de guisantes!

En la mesa de los niños, Nana hacia de ama de casa.

---

(1) El litro equivale próximamente á dos cuartillos.

Estaba sentada junto á Víctor y habia colocado à Estéban al lado de Paulina; jugaban à los casados, y eran dos matrimonios que estaban divirtiéndose. En un principio Nana sirvió á sus convidados con la mayor gracia y coquetería como si fuera una verdadera muger, pero cuando llegaron los guisantes con jamon pudo mas su glotonería y guardó todos los torreznos para sí. Agustina metió la mano en su plato y bajo pretexto de repartirlos cogió un puñado de ellos, Nana, furiosa le tirò un bocado en la muñeca.

¡No tengas cuidadado, murmurò Agustina! Yo le dirè á tu mamá que le has dicho á Víctor que te dé un beso!

Entraron Gervasia y mamà Coupeau à descolgar del asador el capon, y se restableció el órden. En la mesa grande todos respiraban con fatiga echados sobre el respaldo de la silla. Los hombres se desabotonaban el chaleco, y las señoras se limpiaban la cara con las servilletas. La noche habia llegado lentamente, y solo penetraba á través de las cortinas, una débil claridad gris cenicienta. Cuando Agustina colocò en cada extremo de la mesa un quinqué encendido, pudo juzgarse à su viva claridad del desórden que reinaba en aquella. Cada cubierto andaba por un lado, los platos estaban llenos de grasa, y el mantel manchado de vino y cubierto de migajas. Reinaba una atmósfera sofocante, y sin embargo, las narices se volvian hácia la cocina, á causa de ciertas emanaciones nada desagradables que salian de ella.

¿Voy à echar una mano? gritò Virginia. Levantóse de su silla y pasò á la cocina; todas las mugeres siguieron su ejemplo. Rodearon el asador y contemplaron con profundo interés à Gervasia y máma Coupeau, que sacaban en aquel momento el capon con el mayor cuidado. Despues se levantó un clamoreo en medio del cual se distinguian los gritos agudos y los saltos de los niños. La entrada en el comedor fué un verdadero triunfo; Gervasia llevaba el ave con los brazos estendidos y sudorosa la faz en la que se dibujaba una sonrisa de orgullo; las mugeres caminaban detràs, y Nana, desde la puerta de la cocina, con los ojos muy abiertos, se ponia de puntillas para ver mejor. Cuando el enorme capon dorado y chorreando manteca, estuvo sobre la mesa, produjo una sorpresa respetuosa y muda. ¡Aquello sí que era una ave! ¡Qué muslos y qué pechuga!

¡Se conoce que no lo han cebado con aleluyas! dijo Boche.

Entonces entraron en detalles acerca del capon. Gervasia dijo que no habia encontrado otro mayor en ninguna pollería del barrio; pesaba doce libras y media y habia necesitado una esportilla de carbon. Virginia añadió que lo habia visto ántes de asarlo y que de buena gana le hubiera clavado el diente entònces, á causa de lo fina y blanca que tenia la piel; ¡parecia el cùtis de una rubia....! Los hombres se reian con sensual glotonería y se dirigian maliciosas miradas. Sin embargo, Lorilleux y su esposa se ahogaban de envidia al ver semejante pieza en la mesa de su cuñada la coja.

—¡Vamos! dijo al fin Gervasia. ¿Quièn lo va à trinchar? porque no nos lo vamos á comer entero y yo no tengo fuerzas para trincharlo.

Ofrecióse à ello Coupeau, que creia era aquello lo mas sencillo del mundo; pero hubo que quitarle el cuchillo de las manos, porque empezó á hacer una carnicería. Durante un momento se buscó un hombre de buena voluntad. Al fin la Sra. Lerat dijo con voz amable:

—Creo que el Sr. Poisson.....

Y como nadie pareció comprender su indicacion, añadió.

Estoy segura de que ninguno lo harà mejor que el Sr. Poisson que conoce el manejo de las armas.

Y alargó al esposo de Virginia el cuchillo que tenia en las manos. Poisson se inclinó con militar cortesía, y se preparó á trinchar el ave mónstruo. Iba cortando lenta y cuidadosamente, y tenia los ojos fijos en la víctima como si quísiese sujetarla con la vista en el fondo de la fuente. Cuando hundió el cuchillo en la armazon y crugió ésta, Lorilleux exclamó en un arranque de patriótismo.

¡Pardiez! ¡Si fuese un cosaco!

¿Se ha batido vd. con los cosacos, Sr. Poisson? preguntò la Sra. Boche.

No, con los beduinos, respondió el nuevo agente del òrden público, miéntras desprendia un alon. Ya no hay cosacos.

Despues reinò un profundo silencio. Todas las miradas seguian con ansiedad el cuchillo. Poisson preparaba una sorpresa. Derrepente dió el ùltimo golpe, la parte posterior de la bestia, se separó manteniéndose en

pié con la rabadilla en el aire, formando lo que se llama la mitra del obispo Entónces estalló la admiracion; no habia nadie como los antiguos militares para salir de ciertos trances comprometidos.

Sin embargo, por la abertura, situada en la parte posterior del ave, salió un cañito de salsa, y Boche se permitió una alusion nada limpia por cierto.

¡Oh què asco! gritaron las señoras ¡haga vd. el favor de no decir esas porquerías!

—¡No conozco hombre más súcio que éste, añadió su muger más furiosa que las demas. ¡Callate! ¡por qué serias capaz de remover el estómago á un ejército....! ¡Y sepan ustedes que eso lo dice porque queria comerselo todo!

En aquel momento, Clemencia decia con insistencia en medio del ruido de las voces.

—Sr. Poisson, oiga vd., Sr. Poisson, ¿me guardará vd. la rabadilla? ¿no es verdad?

—Hija mia, le dijo la Sra. Lerat con ironía, esa le corresponde á vd. de derecho.

Entre tanto, el ave estaba ya trinchada. Poisson despues de dejar que la concurrencia admirase su obra, deshizo la mitra y colocó por órden los pedazos. Podian servirse cada uno, pero las señoras, que estaban reventando dentro de los corsès, se quejaban del calor. Coupeau dijo que estaban en su casa y que á él nada se le importaba de la vecindad; así es que abrió la puerta de par en par y el festin continuò entre el ruido que producian los carruajes y los transeuntes. Entónces las mandíbulas, que habian descansado miètras tenia lu-